

Cuento: El monstruo del Covid.

Por: Elizabeth Urbina Pastor

Como todas las mañanas, mis botas grises se encontraban en el mismo lugar de siempre: Ese rincón que yo misma les asigné junto a mi cama; lo hago así, con la intención de que no tenga que estirarme tanto y sea más fácil ponérmelas cuando me despierto. Sin embargo, hoy ha sido muchísimo más difícil, y no me refiero a que los escasos veinte centímetros de distancia me impidieran alcanzarlas, sino al hecho de que tenía miedo de ponérmelas. Ayer escuché a mamá decir por teléfono, cuando hablaba con sus amigas, que si no tenías cuidado, hasta en tus zapatos se podía pegar el monstruo y así meterlo a tu casa. ¡Yo no quiero tener a ningún monstruo en mi casa! ¿Y si el monstruo estaba dentro de mis zapatos y a la hora de ponérmelos me saltaba encima? ¿O qué pasaría si de repente se encuentra de frente con mi conejo Rominé? No me gustaría que se lo comiera porque ya no tendría con quien jugar a la granja. La verdad es que no sabía mucho de ese monstruo pero me daba mucho miedo.

Ayer ya no alcancé a escuchar mucho de lo que platicaba mi mamá por teléfono, porque ya casi terminaba, y mamá que siempre me ha dicho que no interrumpa a la gente cuando habla por teléfono porque es de mala educación; por eso me quedé junto a ella para esperar a que colgara. Pero creo que mi mamá se dio cuenta de que estaba junto a ella, así como del miedo que sentí cuando escuché que mencionó lo del monstruo, porque en el momento en que escuché la palabra, solté un grito apagado e inmediatamente mamá volteó la cabeza hacia mí para verme con esa mirada que yo ya sé que significa “Por favor, guarda silencio, ¿qué no ves que estoy hablando?”. La noticia me impresionó sobremanera, ¿un monstruo cerca de mi casa? Yo no podía creerlo, pensé que esas cosas solamente salían en los programas de televisión o en las películas de terror que mi papá veía por las noches. Pero para mi sorpresa, mi mamá y su amiga estaban muy seguras de que existía y que el monstruo andaba por ahí rondando dispuesto a meterse en la casa del primer distraído que encontrara.

Durante toda la mañana de hoy, me imaginé cómo es que sería físicamente ese tal *kotorravirus*. ¿Tendría plumas y alas? No lo sé. Tal vez sea peludo, o verde con escamas por todos lados. Para ser sincera, si yo hubiera sido la científica que descubrió al monstruo, lo hubiera pensado más tiempo antes de decidir ponerle ese nombre, y más

tratándose de un monstruo que puede llegar a enfermarte tanto que las consecuencias son mortales. En mi opinión, se hubiera escuchado mejor algo así como: *El contagiador* o *La horrorosa criatura que se te pega en la suela de los zapatos*. Pero eso sí, aunque tuviera el nombre más chistoso del mundo y fuera del tamaño de una canica, me daba mucho miedo que fuera a encontrármelo en algún momento y sus intenciones no fueran para nada buenas.

Tal vez por esa misma razón mis papás no me han dejado salir de la casa durante tanto tiempo. Es más, ni siquiera he ido a la escuela. Pareciera que llevo años dentro de casa; tanto que ya no recuerdo el rostro de la mayoría de mis compañeros de clase. Solamente me acuerdo de Camila y Zoé, quienes han sido mis mejores amigas desde que tengo memoria. ¿Ellas estarán pasando por lo mismo que yo? En un principio pensé que los adultos se habían dado cuenta del malísimo invento que es la escuela y lo mal que le hace a los niños ir ahí; y es que a quién se le ocurre meter cinco horas a un niño dentro de un salón de clase donde no lo dejan ni brincar en las bancas, ni jugar con trompos. Después me di cuenta de que era algo más, porque todos los adultos que veía por la ventana salían a la calle con una especie de máscara que les cubría solamente de la nariz para abajo. Eso no era para nada normal, me parecía bastante ilógico que de repente todos anduvieran con esos accesorios tan raros, pero llegué a la conclusión de que las usaban porque no querían que el monstruo les viera las caras; pero... ¿por qué no cubrirse también los ojos? ¿Qué acaso el monstruo no podría identificarlos por la mirada? Inclusive había unos que usaban una especie de máscara transparente que, aunque la tuvieran puesta, no les ocultaba absolutamente nada del rostro. ¿Qué no se daban cuenta de que se les seguía viendo la cara a través del plástico transparente? Me daban ganas de gritarles desde mi ventana: *¡Hey, si yo puedo ver sus caras desde aquí, también el monstruo!* Durante muchos días los vi pasar, hasta que un día vi llegar a mis papás a casa con la misma cosa en la cara. No podía creer que ellos también la usaban para cuidarse del monstruo. A mis papás también les daba miedo el *kotoravirus*. No les quise decir nada porque pensé que si a ellos les daba miedo, no sería yo quien los juzgara por sentirse así, ya que a mí no me gusta que la gente sepa cuando tengo miedo porque se podrían burlar de mí. No me quedó otro remedio más que aceptar que, de ahora en adelante tendríamos que vivir sabiendo que afuera existían los monstruos de verdad. Hasta que hoy por la tarde descubrí toda la verdad y cuál era la razón por la que los adultos llevan esas mascarillas todo el tiempo cuando salen de sus casas.

-¡Sabina! Ponte tus zapatos, me vas a tener que acompañar al banco porque mamá no está y no puedes quedarte sola en casa. No te preocupes, te quedas dentro del coche para que no tengas que bajar –dijo papá con el tono de voz que utiliza siempre cuando quiere que las cosas se hagan rápido.

-Pero, ¡papáááá, yo no quiero salir! Allá afuera está el monstruo que se te puede meter en los zapatos –le dije casi gritándole.

-¿El monstruo? ¿Cuál monstruo, Sabina? Afuera no hay nada de eso. ¿Qué te hace pensar que existen esos monstruos que se te pegan en los zapatos?

-Es que ayer escuché a mamá decir que no voy a la escuela y no he salido porque haya afuera está el *kotorravirus*, un monstruo que se te pega a los zapatos si no tienes cuidado. Además ¡yo no tengo una de esas mascararas para que no me vea!

En ese momento, papá, sonriente por lo que acababa de contarle, muy gentil me sentó con él en el sillón y me explicó que afuera no existía ningún monstruo. Que lo que yo pensaba que era un monstruo, era en realidad un virus que venía de muy lejos, algo así como una enfermedad que se pasaba de persona a persona y que, aunque podíamos protegernos de él, con las mascarillas de colores que usaba la gente que yo veía por la ventana, si no teníamos cuidado, podría llegar a ser muy peligroso. Me explicó también que si todos juntos tomábamos las medidas de precaución necesarias, se iría en algún momento. De igual manera me dijo que su nombre verdadero era COVID-19, pero que la gente le decía *coronavirus* por la forma que tenía, como de coronita. Ya decía yo que *kotorravirus* no era para nada un nombre bonito. Además, mi papá me regaló un cubre bocas del tamaño de mi carita y me contó que la gente lo usa porque el virus puede entrar por tu boca, nariz u ojos, si no tienes cuidado. Es por eso que también debemos evitar tocarnos la cara con las manos y lavarlas constantemente con agua y jabón.

A partir de ese momento, vi con otros ojos al *coronavirus*. Ya no lo veía como el monstruo feo y lleno de plumas que yo imaginaba que era, pero sí lo sigo viendo como algo que es muy peligroso y de lo cual debemos cuidarnos en todo momento. A la mañana siguiente me volví a levantar sin miedo para ponerme mis botas grises que tanto me gustan; y no fue porque ya no estuviera el monstruo allá afuera, sino porque ahora, junto a mis botas, también estaba el spray desinfectante de color rosa que me había regalado mi mamá para prevenirme del *coronavirus*. Sin duda, este monstruo fue mucho más fácil de derrotar que el que se escondía bajo mi cama cuando mamá apagaba la luz de mi habitación.